



Por Nicolás Lynch



Incendiar la pradera

A tres meses de iniciada su gestión, el primer gobierno elegido luego de la dictadura de Fujimori y Montesinos continúa sometido a un asedio de los medios de comunicación desconocido en nuestra historia para un gobierno recién estrenado. Este asedio quizás haya llegado a uno de sus puntos más altos con la distorsión, a través de crónicas infames, de lo ocurrido en los últimos viajes del Presidente y varios de sus ministros al exterior en las últimas dos semanas.

Se han esbozado diversas hipótesis para explicar este fenómeno, desde la ausencia de la "luna de miel" propia de todo nuevo gobierno hasta la acusación frontal de ineptitud al Presidente y su equipo de trabajo. La ausencia de luna de miel es explicable, como ya se ha repetido, por el interregno de ocho meses que llevara adelante con éxito el gobierno de transición, esta no es, sin embargo, explicación suficiente para el asedio señalado. La ineptitud gubernamental, por otra parte, tampoco es algo que sea explicado con relación al fracaso de determinadas políticas del gobierno, cuestión por lo demás imposible de probar en tan poco tiempo, sino en función a la supuesta conducta del tal o cual autoridad, funcionario o allegado al Poder Ejecutivo. Es más, nos encontramos ante la situación paradójica que ante la ocurrencia de hechos verdaderamente relevantes, no sólo para el gobierno nacional sino para el conjunto del país, la reacción de muchos medios de comunicación es el silencio, la indiferencia, la distorsión o la anécdota, dejando de lado lo importante que ha sucedido, por más que la buena noticia se repita una y mil veces con múltiples detalles y anexos informativos.

¿A qué se debe esta situación que podríamos calificar de desinformación por parte de algunos órganos de expresión? En primer lugar, creo que hay una cierta "inercia informativa" que viene de los últimos años de la dictadura pasada, caracterizada por la sospecha frente al poder expresada en cada uno de sus actos y personajes. La sospecha, es importante recalcarlo, no tiene que ver con la existencia de indicios de mal manejo de los asuntos públicos, sino con la existencia misma del

poder, no importa si este ha sido alcanzado por medios democráticos o por el golpe de estado. Pero la inercia informativa que viene de la dictadura no agota tampoco la explicación. Existe en el país un tradicional canibalismo político que tiene su raíz en la cultura de la confrontación desarrollada por la oligarquía, los distintos populismos e izquierdas y sus actuales herederos políticos. Esta tradición caníbal es aprovechada, además, por los intereses remanentes de la pasada dictadura para evitar que se siga persiguiendo a la corrupción y lograr sobrevivir en la nueva situación como si siempre hubieran sido probados demócratas.

La cultura de la confrontación es la forma de sobrevivir en contextos políticos altamente desinstitucionalizados como el peruano y tiene como principio de actuación el "cálculo táctico de corto plazo" que no busca otro objetivo que no sea golpear al rival o a la autoridad, de tal forma que se deslegitime su actuación y pueda ser derrotado y/o puesta de lado. Esta cultura de la confrontación impide la consolidación de las instituciones democráticas y nos lleva a continuar en el péndulo infinito de largas dictaduras y cortas democracias que ha caracterizado nuestra historia republicana.

La cultura política, sin embargo, no se cambia por decreto ni sólo con charlas educativas. La única forma de producir una transformación adecuada es a partir de un cambio en las prácticas políticas de los actores involucrados. Aquí, la responsabilidad principal recae en quienes ocupamos el Poder Ejecutivo. En especial, en la necesidad de afirmar el liderazgo que les toca a quienes deben de responder por el poder que les ha sido entregado por el pueblo en las urnas. Esto significa poner decididamente la agenda del debate político nacional a partir de las formidables iniciativas que se han tomado desde el mismo 28 de julio. Para ello, hay necesidad de no caer en la tentación de responder a cada paso a las infamias de los caníbales. Sólo así se podrá afirmar un camino de construcción democrática y una cultura de sana competencia por el poder que afirme virtudes públicas y no rebusque vicios privados.